

en Vergara. Los hombres del partido moderado, mal avenidos con representar el papel de vencidos en las cortes cuando triunfaban sus doctrinas en los campos y en la opinion universal, no fueron los últimos en provocar y empezar la nueva guerra en que le servian de instrumento la voz y la pluma. Clamaron desde luego porque fuesen reconocidos los fueros vascongados y navarros en su plenitud y con la menor dilacion posible, y su opinion, manifestada cuando nadie declaraba la contraria, empuñó á sus adversarios á resistirse á una concesion que por otra parte no les era agradable. Imprudencias mútuas exacerbaron los ánimos en la contienda que iba empezando. En el congreso el partido dominante, no contento con tener la superioridad en número, aspiraba á disminuir el de sus opositores hasta lo sumo, despreciando para lograr su intento las reglas de la justicia, de la conveniencia, y aun del decoro. Dióse á declarar nulas las elecciones que habian recaído en hombres del partido moderado, y con tal empeño persistió en este propósito, que su conducta causó escándalo, indignacion, y aun risa. Por su parte los de la parcialidad que en las cortes estaba caída hacian gala de despreciar al nuevo congreso, y fiaban en que el gobierno, de acuerdo con Espartero, enfrenaría las demasías de gentes cuya época juzgaban que ya habia pasado. Continuó esta lid algun tiempo, sirviendo de preludio á otras mas reñidas. Vióse el ministerio combatido con ardor en el congreso de diputados, en vez de recibir las alabanzas de que le hacia merecedor su buena fortuna. Al cabo vino á tratarse la cuestion de los fueros, y los dominadores en el congreso no encubrieron su intento de oponerse á que fuesen concedidos. Parecia tal conducta inexplicable, entendiéndose que no convenia á parcialidad alguna política indisponerse con Espartero, cuyo empeño en lograr la concesion de lo que habia prometido á los vasco-navarros era claro y solemne. Pero notóse con sorpresa que el general no mostraba enojo contra los que abogaban por negar la concesion de los fueros, aun cuando con la negativa apareciese que él habia quebrantado su palabra, ó empuñádola con increíble ligereza. Acaso le servia la disputa pendiente de motivo para diferir las operaciones de la guerra, viéndose que andaba perezoso en punto á pasar á Aragon, y empezando á recelar de su conducta los mas agudos ó los mas maliciosos que no deseaba dar remate á la obra de la pacificacion del reino hasta asegurar su grandeza política en la hora posterior á la en que dejase el mando de su ejército, que le hacia, si no la primera autoridad, el principal poder en el Estado. Tambien se advertia un tanto de desmayo ó de tibieza en los ministros, cuando en el congreso de diputados, sobre ver difícil que fuese aprobada su proposicion relativa á los fueros, eran blanco de las mas acres invectivas. Alguna vez un ímpetu de enojo movió al ministro de la Guerra á responder con ira y vehemencia á provocaciones insufribles; pero en breve se sosegaba, dando muestras de un sufrimiento impropio de sus hábitos militares y de su condicion fogosa. Llegábase la hora de votar, y las apariencias prometian al gobierno un revés completo, quedando casi negado el reconocimiento de los fueros, cuya concesion habia sido una parte principal en los pactos celebrados en Vergara. De